

Capítulo XXXV.

La última tentativa.

No consiguió su objeto fray Fernando de Talavera ni los que habian influido desfavorablemente acerca del proyecto de Colon.

Los reyes no quisieron renunciar para siempre á un proyecto que tanta gloria y tanto provecho podia proporcionarles, y que por lo demás habia encontrado muchos partidarios entre las personas ilustradas que habian formado el consejo.

Fray Diego de Deza era por entonces preceptor del príncipe Juan, y aprovechando el favor que con este motivo disfrutaba en la córte, habló á los reyes y combatió la opinion que sostenian los encargados de informar en el consejo.

Por otra parte, algunos otros nobles personajes,

que habian tenido ocasion de oír hablar acerca de las ideas de Colon al arzobispo de Toledo, á don Alvaro de Portugal y á la marquesa de Moya, influyeron para sostener en el ánimo de los reyes la resolucion que habian tomado al saber el informe del consejo, y se convino, en vez de quitar á Colon toda esperanza de proteccion y amparo, buscar un medio de detenerle en España, dándole esperanzas para más tarde.

El mismo fray Fernando de Talavera recibió la órden de ver á Colon, que permanecia en Córdoba, y de decirle que los enormes gastos de la guerra no permitian á los soberanos emprender conquistas de otro género, ofreciéndole que cuando terminara la guerra tratarian con él

El obispo de Avila, que desempeñó muy á su pesar aquella mision, al hablarle en los términos en que lo hizo, procuró, sin comprometerse, dar á entender al marino que las palabras que acababa de pronunciar no era más que una excusa cortés, puesto que al hablar de la terminacion de la guerra, le dió á entender que no podia nadie fijar, ni aproximadamente, la época en que los beneficios de la paz se disfrutarian en España.

Poco satisfecho Colon con aquella respuesta de los reyes; despues de los años que habia empleado en sus pretensiones, y de los sacrificios que habia hecho, se trasladó á Sevilla, donde se hallaba la córte, deseoso de oír de boca de los mismos reyes lo que por su órden le habia comunicado fray Fernando de Talavera.

Recibido por ellos con la mayor cortesía, tuvo el desconsuelo de oír, sobre poco más ó ménos, las mismas palabras que le habia dicho el obispo de Avila.

Y considerando aquel aplazamiento como una negativa, suponiendo que la influencia de sus enemigos habia cambiado los buenos deseos que en su favor le manifestaran los reyes, desconfiando de las halagüeñas promesas que le hacian, abandonó á Sevilla llevando una profunda amargura en su corazon, y resuelto aquella vez á partir para siempre de España sin decírselo á sus amigos, porque sabia hasta que punto les engañaba su buena fé y el deseo que tenian de conservarle á su lado.

Antes de partir para siempre, se encaminó á Baeza.

—Quién sabe,—dijo,—si me esperan nuevas desdichas en otros países; quién sabe si mi naturaleza, trabajada por tan continuos desengaños, está próxima á sucumbir: que ántes, al ménos, pueda yo estrechar en mis brazos á mis hijos y saber que su porvenir queda asegurado.

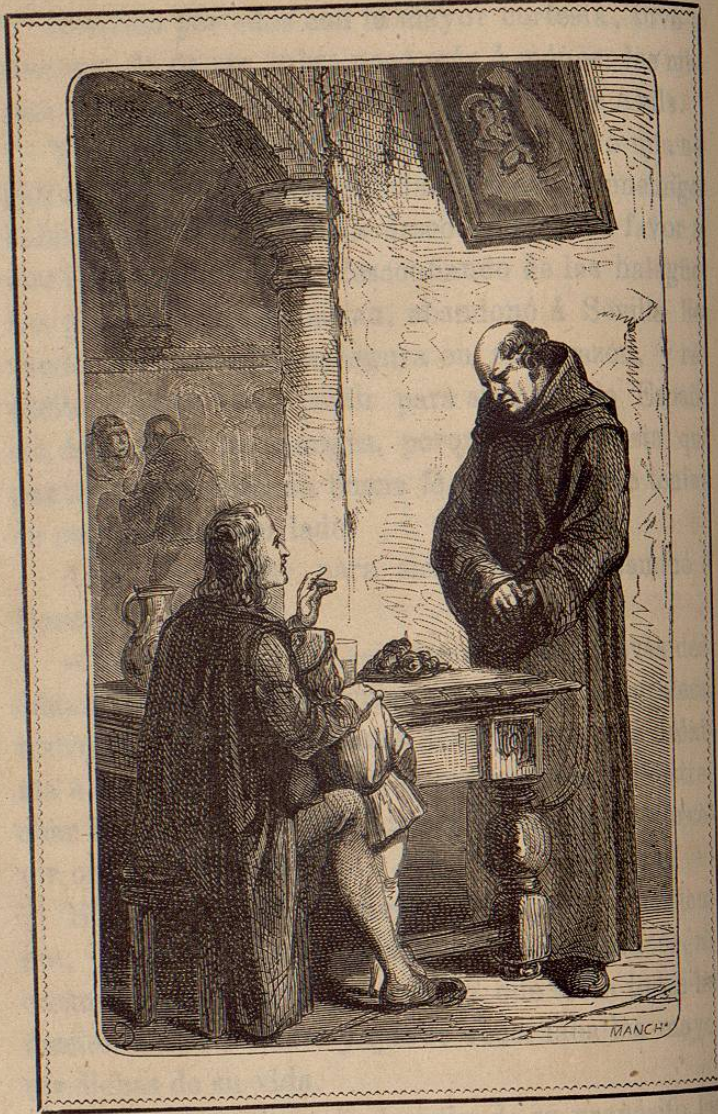
Beltran é Inés le acogieron con el cariño de siempre, y pasó en su compañía algunos dias dichoso, recreándose en aquel hermoso niño, que tenia todas las facciones de su madre y que le recordaba las mayores dichas de su vida.

Trataron de hacerle desistir de su propósito los leales servidores de Beatriz; pero cuantas razones le dieron, fueron inútiles.

La desesperacion hablaba por Colon.



CRISTÓBAL COLÓN.—Vista al momento de la partida.
y refiere al punto en que se desvaneció.



CRISTÓBAL COLON —Vuelve al convento de la Rábida y refiere al prior sus desventuras.

Prometiéronle velar por su hijo, y le despidieron con las lágrimas en los ojos, deseándole mejor suerte y un pronto y feliz regreso, porque les había prometido, si triunfaba, volver á compartir con ellos y con su hijo su alegría.

Desde Baeza resolvió á trasladarse á la Rábida para despedirse de fray Juan Perez de Marchena y de su hijo Diego, á quien hacia ya tantos años que no veía.

Un dia al anochecer llegó á las puertas del convento que seis años antes le habían visto desfallecido y enfermo pedir hospitalidad para él y para su hijo.

Llamó, y el sólo anuncio de su llegada puso en conmocion á toda la comunidad.

Fray Juan Perez de Marchena, á pesar de sus años, abandonó la celda, y salió precipitadamente á recibirle.

Los demás frailes estrecharon su mano con etusion, y Diego abrazó á su padre con el mayor cariño.

—¿Qué significa vuestra venida?—le preguntó fray Perez de Marchena.—¿Son buenas ó malas las noticias que nos traeis?

—Malas, muy malas, padre mio,—dijo Colon.

—Pues qué, á pesar de los pasos que habeis dado; de las relaciones que habeis adquirido; de las visitas que habeis hecho á los reyes; de la poderosa proteccion que os habeis proporcionado, ¿nada habeis conseguido?

—Perder el tiempo; alimentar esperanzas para verlas morir en mi corazón; hallar en último resultado el desengaño más completo. Por eso mi venida no tiene más objeto que daros un abrazo, recomendaros eficazmente á mi hijo Diego, y partir para siempre de España.

—¡Oh! No; eso no es posible.

—Y sin embargo, estoy resuelto á salir en breve de este país; á buscar en otro lo que en este no he hallado.

Fray Perez de Marchena, profundamente conmovido, empleó todo su talento para que desistiera del viaje.

—Yo no dudo,—añadió,—que los reyes tienen la mejor voluntad en ayudaros. La guerra es un poderoso obstáculo á sus deseos; esperad, esperad á mi lado á que la guerra termine; aquí nada os faltará: descansareis, os curareis de las heridas que habeis sufrido en vuestras ilusiones, y yo mismo iré á ver á los reyes para hablarles como ninguno de vuestros amigos y protectores les ha hablado hasta ahora.

—Colon, que no habia olvidado que en aquel convento habia hallado en España las primeras personas capaces de comprenderle y de estimarle, por más que manifestó á fray Juan Perez de Marchena que su resolución era irrevocable, quiso antes de partir ver á aquellos amigos con quienes habia conversado tantas veces y con tanto provecho de su empresa.

No tardaron en acudir á verle el médico Fernandez, y con algunos marinos de Palos, Martin Alonso Pinzon, jefe de una familia de ricos y hábiles navegantes de aquella villa, célebre por las aventureras expediciones que habia llevado á cabo.

Colon confió á todos cuanto le habia ocurrido desde su partida, el exámen que habia sufrido en varias ocasiones, los argumentos que se habian presentado en contra de sus ideas, y en aquel pequeño círculo de hombres científicos, de hombres de buena fé, de hombres que ambicionaban para España la gloria que Colon queria alcanzar, encontró nueva sábia, nuevas fuerzas, nuevo impulso para seguir adelante en su empresa.

—No hay duda,—decia Martin Alonso Pinzon;—vuestros proyectos pueden realizarse, estoy seguro de ello, y si quereis, yo, desde ahora, me comprometo á pagar los gastos del viaje y vuestra estancia al lado de la córte, para que, si no con el auxilio de los reyes, con el de algunos otros nobles que poseen grandes riquezas, podais salir airoso de vuestro plan.

—¡Oh! No, es imposible,—dijo Colon.—Los cortesanos me apoyarian si los reyes me protegieran, y esto no seria entonces más que una consecuencia de la adulacion; pero si me ven desamparado de los soberanos, aunque haya alguno que sienta deseo de favorecerme, no me favorecerá por que no parezca su caridad una leccion dada á los reyes.

—¿Y qué hareis entonces?